

ALGUNOS CONCEPTOS BASICOS DE LOS ESTUDIOS HISTORICOS

“La Historia no estudia solamente los sucesos materiales y las instituciones; su verdadero objeto de estudio es el alma humana; debe aspirar a conocer lo que esta alma ha creído, ha pensado, ha sentido en las diferentes edades de la vida del género humano”. FOUSTEL DE COULANGES, *La Ciudad antigua*.

“Nuestra mentalidad se diferencia de la del primitivo en que la nuestra es racional, individual, lógica y sometida a la experiencia, en tanto que la primitiva es mística, gregaria, prelógica e impermeable a la experiencia”. LEÓN LEVY-BRUHL, *La mentalité primitive*.

“La realidad del hombre, *lo humano*, no es su cuerpo, ni siquiera su alma, sino que es su vida, lo que le pasa. Porque el hombre no tiene naturaleza (no es una cosa), sino que tiene historia. El hombre no tiene un ser, una consistencia fija y determinada: el hombre no es sino lo que le pasa. Su esencia es, precisamente, su incesante dramatismo, peripecia perpetua que, por lo mismo, no se puede definir, sino sólo contar”. J. ORTEGA Y GASSET, *Ciencia y razón histórica*.

I. LA “MEMORIA” DE LA HUMANIDAD

“Lo que no tiene memoria, ignora la esperanza”.
ARTURO CAPDEVILA, *Babel y el Castellano*.

Ya el Canciller Francisco Bacon (1561 - 1626), en su “Sistema de los conocimientos humanos”, basado en las tres “fa-

cultades” del alma: memoria, razón e imaginación, colocaba la Historia entre las ciencias que responden al ejercicio de la primera “facultad”.

Así es, efectivamente, por cuanto la historia, en su definición primaria, es la relación de los acontecimientos cuyo recuerdo se conserva. Puede, pues, afirmarse válidamente que la historia es a la comunidad, lo que la memoria al individuo.

Este criterio es hoy mismo aceptable, pues al variar el concepto psicológico de las “facultades”, reconociendo su estrecha interdependencia, la memoria no es ya un simple receptáculo de hechos aislados que se acumulan sin orden ni concierto, sino un archivo clasificado de los datos que suministra la experiencia, analizados por la razón e integrados por la intuición.

Mientras la Historia se mantuvo dentro del campo de la Moral, es decir, que sólo tenía por finalidad la justificación de la “política divina”; mientras la investigación teleológica, la búsqueda de la Causa primera, referida a una voluntad trascendente, insumía la atención de los historiadores, la Historia no pudo ser sino una disciplina especulativa “a posteriori”, incapaz de avanzar predicciones posibles. Estaba, pues, justificada la posición de los que le negaban el carácter de ciencia, basados en esta imposibilidad de prever el futuro, de adelantar siquiera un paso más allá del presente.

Cuando el hombre se resignó a no ser el centro del Universo, cuando adoptó la más modesta, pero más firme posición de simple elemento y no de razón única de la armonía cósmica, recién la Historia pudo convertirse en ciencia. Desinteresándose de las Causas primera y última, se limitó a estudiar las inmediatas y suficientes, las únicas que caían dentro del campo de lo cognoscible y que permitían la interpretación “humana” del acontecer histórico.

Reintegrada a su propio ambiente, liberada del vanidoso concepto antropocéntrico, recién la humanidad pudo reconstruir su pasado — escribir su Historia — y buscar y obtener

ideas y valores capaces de guiarla con relativo acierto en el impreciso futuro.

Que la explicación de los sucesos se mantenga dentro del criterio de “hipótesis de mayor probabilidad”, pasible de ampliación o rectificación; que sus predicciones impliquen un ancho margen de contingencia, no empece, según pensamos, a su carácter de ciencia, pues estas mismas circunstancias hallanse presentes en el campo de las ciencias naturales, aun dentro de las mismas disciplinas estrictamente experimentales.

¿Puede la Biología explicar el origen de la vida, definir el proceso vital y prever su desarrollo, más que en forma conjetural e hipotética?

“Todas las ciencias experimentales — dice Hipólito Taine (“La Inteligencia”; Trad. R. Rubio; Jorro, Madrid, 1904; T. II, p. 436) — tienen su capítulo histórico, más o menos conjetural, según que indicios más o menos precisos, analogías más o menos justas, documentos más o menos completos, permiten a la reconstrucción mental, reemplazar con mayor o menor exactitud el testimonio que falta de nuestra conciencia o de nuestros sentidos”.

En cuanto a la posibilidad de prever los acontecimientos, ella existe, dentro de la natural imprecisión, y a pesar de la caótica complejidad aparente de la actualidad. Lo que hay es que una espesa trabazón de intereses impide la exacta e imparcial ponderación de antecedentes que son la causa suficiente de los sucesos actuales y que pueden constituir una sólida base para predecir el inmediato futuro.

Para no internarnos más en este resbaladizo terreno, referiremos un solo caso de los muchos que podrían traerse para abonar este aserto. Heriberto G. Wells, uno de los espíritus más puros y luminosos del momento mundial, siguiendo las “out-lines” de su magnífico “Esquema de la Historia”, dice en su “Esquema del Porvenir” (Trad. R. Mondria; Ereilla; Santiago de Chile, 1933; p. 98) que la nueva Guerra mundial estallará en 1940, siendo su chispa inicial “el corredor polarico y la salida al mar, peregrinas ideas del Presidente Wilson”.

De entre los mil y un motivos capaces de desencadenar la guerra, latente desde el momento mismo de la suspensión de las hostilidades en 1918, Wells indicó el “corredor polaco”. Y la realidad, con sólo unos meses de adelanto, confirmó su predicción.

Definiríamos, pues, la Historia como la descripción de los acontecimientos humanos, estudiados racionalmente en sus causas, en su desarrollo y en sus consecuencias posibles. Tomadas sus conclusiones en carácter de hipótesis revisibles, se excluye toda afirmación dogmática y toda explicación finalista.

II. LA “INTUICIÓN CREADORA”

“La razón se desarrolla, transformándose en inspiración; por lo tanto, la inspiración no contradice a la razón, sino que la colma”. VIVEKANANDA, *El ideal de una religión universal*.

Como ciencia natural, la Historia es ciencia de hechos, lo que no quiere decir que haya cumplido su misión una vez lograda la más completa y verosímil descripción de los hechos conocidos. Esto es simple crónica, no historia.

“Los únicos hechos dignos de nuestra atención — dice Henri Poincaré, (“La Ciencia y el Método”; Trad. E. Cazorla; Ruiz; Madrid, 1910; 24) — son los que aportan orden en la complejidad del mundo, haciéndola de esta manera accesible”.

La realidad no ofrece al estudioso todos los antecedentes, ni los ofrece completos, ni en estado de pureza para hacerlos reconocibles. La realidad debe ser integrada por la intuición, factor importantísimo de toda creación científica, siempre que sea “legítima” (de acuerdo con la ley), y no se confunda con la fantasía o el deseo interesado.

Acepta, pues, también la labor del historiador el concepto bergosoniano de la intuición como factor de creación e interpretación.

Ante el cúmulo de hechos diversos, de fuerzas antitéticas, de posibilidades distintas y hasta divergentes, el historiador se encuentra desorientado si no cuenta con intuición suficiente a permitirle la fijación de un rumbo.

“Sujeta y condicionada a la razón cooperante — decía Tyndall, citado por J. A. Thomson (“Introducción a la Ciencia”; Trad. Calvo Alfaro; Labor; Barcelona, 1929; p. 60) — la imaginación llega a ser el más eficaz auxiliar de los descubrimientos. Hay en el intelecto humano un poder de expansión; más bien me atrevería a llamarle facultad creadora, que actúa por simple razonamiento sobre los hechos; es el espíritu que reside sobre el caos, como razón suprema”.

Sobre este interesante y debatido aspecto de la actividad científica, permítasenos transcribir algunas opiniones atendibles.

Alexis Carrell, el gran biólogo contemporáneo, dice en su admirable “La incógnita del Hombre”, libro que encierra, para nosotros, la más luminosa y acertada síntesis de la realidad actual: “Los genios, además de sus poderes de observación y de comprensión, poseen otras cualidades tales como la intuición y la imaginación creadora. A través de su intuición aprenden cosas que ignoran los demás hombres, perciben relaciones entre fenómenos al parecer aislados. Todos los grandes hombres están dotados de intuición. Saben sin análisis, sin razonamiento, lo que les importa saber” (p. 135). Más adelante, en p. 252 establece dos grupos de hombres “los lógicos y los intuitivos. La mayoría de los grandes hombres pertenecen a este último grupo”. (Edic. Ercilla; Santiago de Chile, 1936).

Otro prodigioso cerebro de la actualidad, Albert Einstein, sostiene que “sólo la intuición puede servir de brújula, cuando a la comprensión del experimento se une la imaginación puesta en juego mediante la deducción”. “Las grandes conquistas del hombre sobre su propia ignorancia se han debido a la intuición artística y a verdades demostradas por el razonamiento deductivo de los grandes talentos”. En otra

oportunidad afirma: "En cierto sentido, mantengo, por tanto, que el pensamiento puro puede captar la realidad, como ocurría con los antiguos visionarios". "En mi vida la visión artística ha desempeñado un papel principal. Después de todo, la obra de un científico germina sobre el terreno de la imaginación, de la visión". (Citas de "Einstein, Hacedor de Universos", de H. Gordon Garbedian. Trad. F. Jiménez de Azúa; Losada; Bs. Aires, 1940; págs. 86, 93 y 208).

Alejandro Korn, uno de los auténticos valores intelectuales del Río de la Plata, dice en la parte dedicada a la Historia de sus "Apuntes filosóficos" ("Obras" Pub. Universidad de La Plata, 1938; T. I, ps. 214/15): "Historia es la noción coherente del desarrollo de la cultura humana. Hay una sucesión de hechos reales y hay una concepción de este proceso. La primera constituye la crónica, la enumeración indiferente y anecdótica de los casos ocurridos; la segunda, la selección y la coordinación de los hechos históricos..." "El historiador no puede prescindir de los materiales que acarrea el cronista, pero elige los adecuados, los elabora y les da sentido, porque no todos los hechos acaecidos son históricos. Adquieren este carácter cuando se les atribuye una influencia apreciable en la secuela del proceso evolutivo... "El valor histórico lo discierne el criterio del historiador. Este criterio, por cierto, está subordinado a disposiciones psicológicas condicionadas por el tiempo y el lugar... La exactitud del dato o de la fecha son elementos constantes; la jerarquía y el nexo mutuo de estos datos quedan librados a la sagacidad personal. Pedirle al historiador imparcialidad es una exigencia insólita; ya es mucho cuando es sincero. Se le ha de exigir talento y una visión amplia y, si acaso, la capacidad creadora del artista".

La historia del cronista debe, pues, ser estructurada por el pensador. Coinciden así la actividad del historiador y la del sociólogo, que Abel Rey distingue en su "Lógica" (Trad. J. Besteiro; 2ª Ed.; "La Lectura", Madrid, s/d.; p. 348), cuando dice: "Mientras los historiadores describen los hechos sin

explicarlos propiamente, el sociólogo aspira a dar de ellos una explicación satisfactoria para la razón”.

El mismo Bacon reconocía la necesidad de esta coincidencia — sin sospechar, claro está, la denominación de sociólogo — cuando afirmaba en “De la dignidad y progreso de las Ciencias” que “la historia del mundo sin la historia de los sabios, es la estatua de Polyfemo a la que se ha arrebatado su ojo”.

El historiador da una interpretación personal de los hechos y expone las causas y efectos posibles, dejando siempre una puerta abierta a futuras rectificaciones y ampliaciones. La Historia es, por lo tanto, una versión más o menos aproximada de los acontecimientos. ¿Significa esto negarle su carácter de ciencia? Terminantemente no.

Dice Grau en su “Lógica” (Trad. D. Miral; Labor; Barcelona, 1928; p. 161/2) “En general, el valor de una teoría científica depende de su fecundidad. Aun teorías reconocidas después como falsas han prestado frecuentemente a la ciencia servicios inapreciables (proporcionando al espíritu un reposo provisional en cuestiones candentes), haciendo posible el progreso incesante de la investigación. En este sentido, no debe negarse el valor científico para la evolución del pensamiento ni aun a aquellas hipótesis tan distintas de nuestro criterio, que hoy pudieran parecernos casi fantásticas. Se designa con el nombre de “hipótesis de trabajo” aquellos ensayos de explicación que aun sin demostrar, han sido durante décadas y aun durante siglos enteros la base transitoria de nuevas investigaciones (teoría de los fluidos, en electricidad y magnetismo; de Mesmer, en magnetismo animal; actualmente pueden considerarse, la atómica y la molecular, la de electrones y iones en Física y Química, y la del paralelismo psico-fisiológico en Psicología”).

Lo mismo afirma Juan B. Justo en “La teoría científica de la Historia (F. Lajouane; B. Aires, 1898; p. 4/5): “Una teoría científica no se obliga a explicarlo todo, ni tiene para qué negar lo que no se acomoda a su armazón. Explica lo que

puede y deja existir lo demás, contenta de que a las teorías futuras les quede también algo que explicar. Lo que puede y debe exigírsele es que muestre su propia génesis, que tenga su punto de partida en el mundo en que todos estamos, y sea en principio accesible a todo el mundo; que señale en qué fenómenos se realiza y en qué actos de la vida tiene aplicación”.

III. FACTORES DE LA HISTORIA

“Historia es una representación que se da en un teatro (territorio), por una compañía de actores (raza)”. GONZALO DE REPARAZ, *La tragedia ibérica*.

La realidad ofrece al historiador una intrincada e infinita serie de hechos, de acontecimientos simultáneos y sucesivos, mezclados y entrelazados, entre los cuales debe establecerse un orden, una jerarquía y una concatenación racional de causa a efecto.

Cuando la Naturaleza tenía una finalidad, cuando todo dependía de una voluntad omnímoda, la valoración de los hechos ofrecía escasa dificultad. Cuando primó el concepto de un Progreso constante e indefinido, también era posible hallar, sin grandes trabajos, una explicación aceptable a los sucesos que lo corroboraban, desechando o negando los que se le oponían.

Pero hoy, careciendo de dos tan poderosos auxiliares, la tarea se hace mucho más ardua y difícil.

Viene en nuestra ayuda el pensamiento de Thomson en su Introducción a la ciencia” ya citado (p. 62): “Existe un postulado fundamental sobre el que se basa el procedimiento científico, postulado que se comprueba en cada etapa del mismo: el de la uniformidad de la Naturaleza. Este nos advierte que para los fines humanos hay una estabilidad en las propiedades de las cosas; que vuelven a producirse las mismas situaciones; que hay una norma en el orden de la naturaleza, norma

sin intervalos ni adivinaciones, en la que todos los acontecimientos se determinan por otros anteriores”.

“Nuestro espíritu que es frágil, como lo son nuestros sentidos — nos dice Poincaré (loc. cit.) — se extraviaría en la complejidad del mundo, si esta complejidad no fuera armoniosa”.

Alfredo Vierkandt en “Filosofía de la sociedad y de la historia” (Trad. S. Canals Frau; Bib. de la Universidad de La Plata, 1934; p. 137/38), sostiene: “La existencia de ciertas regularidades en el mundo social es un supuesto imprescindible de la vida práctica. Sin tales regularidades el mundo que nos circunda representaría un caos en que no se podría calcular nada y, por consiguiente, sería imposible una acción inteligente”. “. . . lo que aquí consideramos son leyes tales que poseen un valor real de conocimiento. Este reside ante todo en que ofrecen un resumen y una visión de conjunto que permite poner orden en la inmensa multitud de hechos aislados”.

En tal sentido, debemos referir, en primer término, la producción de los acontecimientos históricos a dos factores fundamentales: el ambiente físico y el elemento humano. Sobre ellos nos limitaremos a reproducir autorizadas opiniones que, en nuestro criterio, centran acertadamente tan debatida cuestión.

Continuando el pensamiento citado, Reparaz dice (Ed. Imán; Bs. Aires, 1938; p. 14): “El trabajo de adaptación de la raza al territorio, y el aprovechamiento de éste por aquélla da un producto, que es lo que llamamos civilización. En el proceso de adaptación y aprovechamiento, los hombres crean, no sólo riqueza material, sino ideas y sentimientos que más íntimamente los unen y que constituyen el alma del organismo colectivo”.

Esta interacción continua y constante del elemento humano y del medio físico, es el postulado fundamental de toda construcción histórica. Únicamente sobre este postulado podrá realizarse una ciencia histórica que se aproxime al ideal de una

ciencia que estudia fenómenos regidos por leyes generales cognoscibles.

Tal es la opinión de Augusto Matteuzzi, en su documentada y poco conocida obra "Factores de evolución de los pueblos" (Trad. A. Musso; Montevideo, 1918). Sintetizando y armonizando las conclusiones de las tres escuelas: *antropológica* (teoría "racial" de la capacidad mental determinada por la conformación craneana); *orgánica* (que refiere la evolución a la transmisión de los caracteres adquiridos, "neo-Lamarckianos", o a la selección natural, "ultra-Darwinistas"), y la *geográfica* (influencia física y telúrica), dice: "Mientras éstos (escuela geográfica) atribuyen una importancia única al medio, admitimos un segundo factor esencial: la herencia de los caracteres adquiridos, según la doctrina de Lamarck." (p. 19).

Algo más abajo afirma: "El medio determina diferencias entre los grupos étnicos. La herencia de los caracteres adquiridos mantiene reunidos, como una llave de bóveda, todas estas variaciones determinadas por el medio; las acumula de generación en generación, de tal suerte que los caracteres adquiridos se convierten en caracteres innatos. La acción el medio, por sí sola, es insuficiente para explicarnos el desarrollo de las civilizaciones. En efecto, los caracteres determinados por el medio en el grupo étnico deberían desaparecer cuando ese grupo se establece en otro medio; vemos, por el contrario, que esos caracteres persisten".

Antes, en p. 13, había dicho: "En los innumerables hechos sociales hay una gran parte que no se producen sino por la acción del hombre como poder modificador de las condiciones de existencia, interviniendo entre el medio y la colectividad, o de individuo a individuo en las mismas colectividades". Y más adelante (p. 29): "El medio tiene el poder de adaptar los individuos a sus propias condiciones de existencia, y al mismo tiempo sufre las modificaciones que le imponen los habitantes, a quienes les es dado transformar por su trabajo el suelo y el clima para favorecer la civilización".

Carlos Signobos, en su reciente "Historia comparada de

los pueblos de Europa" (Trad. R. Jiménez; Losada, Bs. Aires, 1939; p. 13, nota), afirma: "El medio en que viven los hombres no les impone sus actos, solamente los hace posibles. Países provistos de excelentes puertos quedan mucho tiempo sin marina; los yacimientos de hulla no fueron, hasta los tiempos modernos, explotados por minero alguno".

Exactamente como lo sostiene nuestro Agustín Alvarez en "Evolución intelectual de las sociedades" ("La transformación de las razas en América", "La Cultura Argentina", Bs. Aires, 1918, p. 172/173): "El progreso depende de las posibilidades mentales trasmitidas y del ambiente que las envuelve, pues la aptitud heredada sin la ocasión para manifestarse, es como si no existiera, y la ocasión tampoco puede despertar aptitudes que no existen".

El mismo Reparaz insiste (p. 15): "En la lucha con su escenario, el hombre no es esclavo ni del todo libre. Es colaborador de la naturaleza a la que puede guiar, pero no contradecir. Si se rebela, sucumbe".

Bien conocido es el pensamiento de Bacon "No se vence a la Naturaleza más que obediéndola".

"No se pueden transformar las leyes de la Naturaleza, pero se puede intentar dominar la Naturaleza, obediéndola, como un buen ingeniero no suprime el torrente, pero consigue encauzarlo" (André Maurois, "Voltaire"; Trad. L. Echavarrí; Losada, Bs. Aires, 1939; p. 33/34).

Este criterio es antiquísimo, pues Gustavo Glotz nos dice en "La Civilización egea" (Trad. Pericot García; Cervantes, Barcelona, 1926; p. 7): "Mucho antes de Hesiodo, el egeo había aprendido el arte de luchar contra los elementos y de someterse a la naturaleza para adaptarla a la vez a sus deseos".

Alejandro Korn (op. cit., p. 215) sostiene: "El protagonista del drama (el hombre) tiene por escenario la realidad tempo-espacial; no actúa en el vacío sino en el choque áspero con su contorno biológico. Pero para la historia, lo decisivo no son las circunstancias externas, cuanto la reacción del hombre al enfrentarlas". "El hombre no ha creado su cultura

adaptándose al medio, sino emancipándose de sus limitaciones. Esa rebeldía es el asunto de la historia". (p. 216).

Y por último, la opinión de Juan B. Justo en "Teoría y Práctica de la Historia" (4ª ed. "La Vanguardia"; Bs. Aires, 1937, p. 53/4): "Movido por sus necesidades elementales, el hombre reacciona intencionalmente sobre el ambiente físico-biológico y le superpone el mundo técnico-económico con lo cual comienza propiamente la Historia. No es esto la oposición del hombre a la Naturaleza, sino el desarrollo del hombre en la Naturaleza".

IV. LA MISIÓN DEL HISTORIADOR

"La Historia no es sino la sucesión de los hechos en que el sentimiento humano se manifestó". JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, *La tradición nacional*.

¿Cuál es, pues, la posición del historiador frente al cúmulo de acontecimientos que la realidad le ofrece?

Ya hemos visto la opinión de Foustel de Coulanges de que el objeto de la Historia es el estudio del alma humana. Opinión coincidente con la de González ("Intermezzo"; "El Ateneo"; Bs. Aires, 1934; p. 68/3): "La Historia, como que refleja la evolución del hombre sobre el planeta, y en medio de las agrupaciones sociales, debe ser humana, como el sér que le da existencia; y el historiador que no es una individualidad aislada y sin ley en el conjunto social, no puede en modo alguno sustraerse a la influencia de las ideas o de las pasiones que forman el fondo dramático de los sucesos; siente la acción que describe, sufre con las grandes catástrofes, se indigna contra los grandes crímenes, raciocina con los filósofos. Se entusiasma y enardece ante las acciones magnánimas y los triunfos de las virtudes excelsas, y saluda con gritos de júbilo las conquistas de la razón y de la libertad".

Korn también sostiene (op. cit. p. 215) que el tema de la historia "es la actividad del hombre, que es el sujeto y no

el objeto de la historia". Y en p. 223/4: "La historia es una valoración de la actividad humana. Ella relata la creación y la trasmutación, la concordancia y la oposición de las valoraciones". Y define este último concepto: "La valoración es la reacción humana ante un hecho o un acontecimiento".

Wells en "Esquema de la Historia" ("Atenea"; Madrid, 1919; T. I, p. 223), afirma: "La historia de la humanidad es en gran parte la historia de estas tres ideas: Ciencia, Justicia universal y Comunidad humana, que pasan de la mente de aquellas personas y pueblos raros y excepcionales en que primeramente se originaron, a la conciencia general de la raza, y dan, primero, un nuevo color; luego, un espíritu nuevo, y, después, una dirección nueva a los asuntos de la Humanidad".

En el editorial del 8 de junio de 1934, titulado "Cómo se escribe la historia", decía "La Prensa" de Buenos Aires: "La narración de los hechos históricos vinculados al desarrollo de un país, a los orígenes de su existencia, las alternativas de su vida, la influencia en sus destinos de la acción de los hombres, no puede ceñirse a la reproducción escueta de narraciones y documentos que refieren los sucesos de cada época. La misión del historiador no puede circunscribirse a reproducir cronológicamente los textos informativos de toda procedencia que logra tener a su alcance, porque su tarea no es la de recopilador, sino la de investigador y al par intérprete y comentarista que procura unir los distintos eslabones que forman la cadena de los hechos, como episodios de una larga trama, cuya continuidad es innegable, pero que no siempre se presenta del mismo modo al establecer las relaciones de causa y efecto que los ligan".

El mismo Vierkandt (op. cit. p. 139/40) establece: "Las verdaderas tareas del historiador son las condiciones, destino y el resultado de la actividad de los pueblos y estados, considerados como unidades (totalidades) individuales, tal como se ofrecen con su multiplicidad de detalles. Estas

totalidades se enlazan una con otra de múltiples maneras, tanto en la yuxtaposición como en la sucesión”.

“El dón eminente de los historiadores de nuestros días — dice Henri Berr en el Prefacio a la obra de Glotz ya citada (p. XII) — consiste, a nuestro juicio, en discernir en la Evolución humana, lo idéntico de lo distinto, lo variable de lo eterno”; o, dicho por Poincaré (op. cit. p. 14), “A lo que debemos tender es a hacer notar menos las semejanzas y las diferencias que las semejanzas ocultas bajo las divergencias aparentes”.

En esta posición, el historiador, tanto el que escribe la historia como el que la enseña, ya no es un simple recopilador o repetidor, en su caso, sino que es un elemento activo, preponderante. Como hombre, participa de la historia de la que es “sujeto y no objeto”, de esa historia humana que si se ha librado de la concepción teológica y finalista, no ha sido para entregarse a un estrecho concepto materialista, instintivo y fisiológico. Quien habla de historia no narra solamente, sino que interpreta, juzga, relaciona causas y efectos.

No debe temerse la posibilidad de que esta interpretación sea equivocada; basta que sea expuesta con lealtad, sin que prejuicios o ideas preconcebidas deformen voluntariamente las conclusiones o que se pretenda realizar mediante ellas, proselitismo.

Formuladas las bases, las premisas con exactitud y sinceridad, puede ejercerse sobre ellas “la capacidad creadora del artista” — del artista, no del taumatólogo, prestidigitador de conceptos. Si la vía del razonamiento es clara, como debe ser, el lector o el alumno están en condiciones de realizar por sí mismos el camino y arribar a sus propias conclusiones, siempre de mayor valor moral que las obtenidas por simple imposición de autoridad.

Coincide así, como decimos más arriba, el historiador con el sociólogo, realizando aquél la función que Rey, en la opinión citada, reserva a éste: “encontrar entre los hechos, no relaciones de simple sucesión, sino relaciones inteligibles; mos-

trar cómo se han producido los hechos sociales, cuáles son las fuerzas de las cuales resultan. Debe, pues, explicar hechos definidos, por sus causas determinantes próximas a mediatas, capaces de producirlos”.

Dicho queda con esto, que aceptamos con reservas la primera de las reglas de Emilio Durkheim (“Reglas del método sociológico”; Trad. A. F. Robert; Madrid, 1912; p. 55) de que “los hechos sociales deben ser tratados como cosas”, ya que no podemos considerar al hombre, factor decisivo en los hechos sociales, como una cosa. Para nosotros, los hechos sociales o históricos son fenómenos naturales que, como tales, obedecen a causas y producen efectos, aun cuando no siempre ellos puedan ser claramente captados y definidos.

No se trata, pues, de crear teorías — “Toda teoría es siempre gris, y el árbol de la vida es siempre verde”, ha dicho Goethe — sino de interpretar o facilitar la interpretación lógica, natural y humana de los acontecimientos históricos.

V. UNIDAD Y CONTINUIDAD HISTÓRICAS

“En el estudio de la Humanidad, todo es historia”. GABRIEL MONOD, *Del método en las ciencias: Historia.*

Para acercarse lo más posible a este objeto, es primordialmente necesario no olvidar que la Humanidad es un organismo en el cual no se producen hechos aislados; que todo suceso histórico está condicionado por antecedentes y circunstancias, no siempre identificables con precisión, y que a su vez, se convierte en causa o factor de otros hechos.

En su obra citada dice Vierkandt (p. 95/96): “Existen relaciones análogas (de unidad) entre los distintos dominios de una cultura: derecho y economía; técnica y religión; arte y costumbres, todos muestran en un mismo pueblo y en una misma época una afinidad íntima que debemos concebir como una unidad de estilo... el cambio de una cultura tiene siem-

pre el carácter de continuidad. La historia debe tener en cuenta esta múltiple conexión causal del acontecer histórico. Es equivocado querer derivar de la raza o de la idiosincrasia nacional la entera peculiaridad de una cultura; igualmente erróneo explicarla partiendo de un solo bien cultural, como las condiciones políticas, o de la religión, o la economía, o reducirlo todo al ambiente geográfico”.

Por su parte, Matteuzzi completa su opinión ya citada sobre este punto, agregando (p. 34): “La historia de la civilización nos enseña que el progreso se ha verificado de una manera continua, casi insensible”.

Valetín Letelier en su magistral “Filosofía de la Educación” (2da. Ed. Cabaut; Bs. Aires, 1917; p. 242); dice: “En la cadena serial de los tiempos cada acontecimiento es un simple efecto de los que directamente lo preceden y una verdadera causa de los que directamente lo siguen”. Agrega luego (p. 244): Es necesario respetar “la unidad de la historia y de la humanidad y relacionar científicamente la historia de cada nación con la universal”.

Vierkandt (op. cit. p. 125) insiste: “Toda evolución representa un desenvolvimiento de la personalidad (tanto la individual, como la colectiva y objetiva) que constantemente cambia y queda, no obstante, unitaria. Es pues, algo más, y mucho más, que un mero cambio uniforme de situaciones. En razón de la unidad de la personalidad, resulta exacta la idea de que lo pasado vive todavía en el presente, y en éste está ya contenido lo futuro”. Y en pág. 140: “Arte, religión y lenguaje son partes integrantes de la totalidad de la cultura de un pueblo; y las culturas de distintos pueblos estrechamente ligados entre sí, pueden a su vez agruparse en un dominio cultural”.

Para nosotros, esto implica lo que llamamos “*concepto helicoidal*” de la Historia. Las grandes líneas de la evolución — las “out-lines” — existen fuera de toda duda; y tampoco puede dudarse de que su sentido general es ascendente. Pero ello no significa aceptar que todos los acontecimientos his-

tóricos constituyen un progreso con referencia a sus antecedentes.

Antes más, hay sucesos que bien podrían considerarse a primera vista como verdaderos regresos o retrocesos de la evolución; y serían tales, si nos olvidáramos, entre otros, del factor tiempo, absolutamente irreversible.

Más que una línea recta, y aun quebrada por profundos desniveles, — en la Naturaleza no existe la línea recta, ni siquiera para la propagación de la luz — nosotros creemos ver en la evolución de la humanidad una hélice que se desarrolla sobre un eje — el hombre —, siempre en distintos planos, pero que constantemente pasa por puntos situados en la misma vertical. Estas verticales constituirían las condiciones biológicas y telúricas dentro de cuyos límites puede la humanidad desenvolver su iniciativa. En este desarrollo helicoidal hay aparentes retornos, como aparentes oscurecimientos, al variar el ángulo de incidencia de la luz, pero su sentido general ascendente es innegable. Cada hecho histórico contiene una porción — por pequeña que sea — completamente nueva, absolutamente inédita; porción que podrá desarrollarse o no en los hechos sucesivos, pero que se hallará siempre latente en ellos, reforzando la parte de novedad que éstos traigan.

De ahí que nos resulte falsa la posición de los partidarios del “ritorno all’antico”, como la de aquellos que, interpretando mal el pensamiento de Berdaieff, proclaman sin condiciones la “vuelta a la Edad Media”. (Cf. “Suma contra una nueva edad media” de M. Núñez Regueiro).

La humanidad no puede renunciar, ni voluntaria ni forzadamente, a lo que la historia ha incorporado a su acervo cultural, a su patrimonio material y espiritual.

Los períodos de “decadencia” — mejor es llamarlos de oscurecimiento — serían, en nuestro concepto, simples desviaciones del cauce normal, pero nunca la negación del sentido de la evolución histórica; como las desviaciones y ramificaciones de una corriente fluvial, aunque aparentemente se despla-

cen en dirección distinta y hasta contraria, no desmienten la dirección natural del curso.

Antes de ofrecer su interpretación, el historiador debe investigar leal y serenamente los acontecimientos para discriminar en ellos lo que es permanente y lo que es sólo transitorio. Como dice Monod (op. cit. Trad. Rodríguez Navas; Madrid, 1911; p. 415): “Debe distinguirse entre lo general y lo particular; determinar las “causas constitucionales” y las “adventicias”, de Cournot, o “institución” y “accidente” de Lacombe”.

Volviendo a la opinión de Poincaré, “señalar las semejanzas ocultas bajo las divergencias aparentes”.

Estos conceptos están perfectamente expuestos en la Introducción a la obra de Seignobos que hemos citado, cuyas ideas básicas sintetizaremos:

“La comparación me ha hecho notar los rasgos comunes de su vida (de los pueblos de Europa) que no percibían los historiadores limitados al estudio de un país o de una época”. Estos dos rasgos comunes o semejantes que aparecen en la masa de los hechos, responden a dos categorías de orígenes: “los unos, resultantes de condiciones semejantes, pero independientes; los otros, adquiridos por imitación de un modelo único”.

En esta comparación incluye “el conjunto de las diferentes especies de actividades de la población, los medios de vida, el trabajo económico, las costumbres, el régimen político y social, la religión, las ciencias, las letras y las artes”. Explica su transformación por dos series de factores: “Los unos son el efecto del choque en un mismo momento de series de hechos independientes (llamados azar o accidente) que constituyen los sucesos históricos — guerras, invasiones, revoluciones, reformas — cuyo origen es frecuentemente la iniciativa de individuos. Los otros derivan de condiciones anteriores, siguiendo un orden de sucesión que se ha comparado a la evolución de los seres vivientes, tal como el crecimiento de un poder, el progreso de una técnica, la propagación de una

religión o de una institución”. “Todas estas transformaciones se han producido por actos humanos. Pero los actos en sí mismos están inspirados o dirigidos por motivos, pasiones, deseos, creencias, conocimientos, reglas de conducta, o por la idea del porvenir, de donde nacen las empresas o los progresos”.

VI. INDIVIDUO Y COLECTIVIDAD EN LA EVOLUCIÓN

“En los acontecimientos históricos, los llamados grandes hombres no son más que simples rótulos que dan nombre a los acontecimientos”. LEÓN TOLSTOY, *La Guerra y la Paz*.

Finaliza Seignobos su Introducción con un párrafo que nos trae de la mano a considerar otro aspecto importantísimo en el estudio de la historia: “No he querido — dice — limitar el estudio a la pequeña minoría privilegiada, cuyos actos tienen lugar principal en los documentos y las obras de historia. He tratado de describir las condiciones de vida de la masa del pueblo, en la medida, desgraciadamente muy insuficiente, en que nos es conocida”.

Sobre este particular, recordamos la opinión de Unamuno en su polémica con Ganivet, (“El porvenir de España”, Madrid, 1912, p. 97/99), que ya en 1898 renegaba de esa historia que “da razón de los cuatro que gritan y nada dice de los cuarenta mil que callan”. Dice allí: “Es la historia como un mapa; y no mejor que un mapa los lugares del espacio, determina aquélla los sucesos del tiempo. Nos da el mapa los contornos de continentes e islas en cuanto el nivel ordinario del mar los define; pero si ese nivel fuese bajando, qué grandes cambios en nuestra geografía. Así en la historia, si fuese posible hacer bajar el nivel de olvido que encubre para siempre la vida silenciosa y fecunda de las muchedumbres que pasan por el mundo sin meter ruido, cómo iría cambiando el mapa de los sucesos con que han alimentado nuestra memoria!”... “en la vida de los pueblos aparecen aislados en la historia

grandes sucesos que se sientan sobre la labor silenciosa de las oscuras madrèporas sociales. . .”

Refiriéndose a España, dice Ricardo Rojas en “Retablo Español” (Losada; Bs. Aires, 1938; p. 13): “Una es la historia política del Estado español o de los reinos peninsulares, y otra la del pueblo español. Aquélla fué creada por invasiones armadas o por dinastías extranjeras, mientras que el pueblo, a veces oculto en la intrahistoria, ajeno u hostil a la anécdota oficial, tiende otras verdades que decirnos”.

“Si un día — dice Diego Abad de Santillán (“Por qué perdimos la guerra”; “Imán”, Bs. Aires, 1940; p. 22) — fuese posible hacer revivir el pasado real de nuestro pueblo (España), lo haríamos más comprendido y más admirado del mundo”.

El nuevo concepto de la historia va logrando reducir el “nivel de olvido” de Unamuno; penetrar en la “intrahistoria”, de Rojas, y llenar poco a poco las lagunas que señala Seignobos. Sin dejarse intimidar por “los cuatro que gritan”, la Historia presta cada día mayor atención a “los cuarenta mil que callan”; va reduciendo las “grandes personalidades” a sus exactas proporciones de intérpretes, más o menos geniales, en mayor o menor grado genuinos, de una realidad ambiente creada por factores ajenos a su voluntad.

Pero debe tenerse cuidado de que esta tendencia no nos lleve a impersonalizar la historia, a deshumanizarla, sustituyendo lo humano por lo gregario, el concepto de “masa” del marxismo. Es decir, debemos cuidarnos de, por superar el “providencialismo”, no empantanarnos en el “fatalismo”, en la irresponsabilidad individual del acontecer histórico. A simple vista se comprende que ambas tendencias extremas nos lleven — como nos han llevado en la actualidad — a trágicas y paradójicas situaciones. Las dos, creando un estado místico, producen el concepto mesiánico de un hombre, una doctrina o un pueblo, nuevos “elegidos de Dios”, ebrios de absoluto, y encargados de cumplir “Su” misión por medios refinados con los más elementales conceptos de humanidad.

Débanse recordar aquí las ya expuestas opiniones de Matteuzzi, sobre el poder del hombre como modificador del medio; y de Wells, sobre las ideas que encarnan primero en individuos o pueblos excepcionales para luego generalizarse.

Desde que la historia existe, puede ser comprobada la determinante influencia de un individuo, aislado, combatido y escarnecido, por lo común, sobre la marcha de la evolución.

Bien dice Bertrand Russell en "El panorama científico" (Trad. Huelin; "Rev. de Occidente"; Madrid, 1931; p. 33) "Es costumbre entre ciertas escuelas de sociólogos menospreciar la importancia de la inteligencia y atribuir todos los grandes sucesos a grandes causas impersonales. Juzgo esto una completa ilusión. Creo que si cien de los hombres del siglo XVII hubiesen muerto en la infancia, no existiría el mundo moderno. Y de este ciento, Galileo es el principal".

Y agrega en p. 261 este pensamiento, que citamos "in-extenso" porque expresa con rara elocuencia y excepcional claridad el sentido moral y humano de la historia: "El número de hombres que determinan el carácter de una época es pequeño. Colón, Lutero y Carlos V dominaron en el siglo XVI; Galileo y Descartes gobernaron el XVII. Los hombres importantes de la Edad que acaba de concluir son Edison, Rockefeller, Lenin y Sun-Yat-Sen. Con la excepción de este último, estaban estos hombres desprovistos de cultura, desdeñaban el pasado, confiaban en sí mismos y eran crueles. La sabiduría tradicional no se albergaba en sus pensamientos y sentimientos; lo que les interesaba era el mecanismo y la organización. *Una educación diferente podría haber hecho completamente distintos a estos hombres.* Por medio de tal educación pudo haber entrado en las almas de estos hombres algún fermento de duda. *Con un poco de duda en el alma sus hazañas hubieran quizá perdido en volumen, pero hubieran valido mucho más.* Nuestro mundo tiene una herencia de cultura y de belleza, pero desgraciadamente, esta herencia ha sido sólo manejada por los miembros menos activos e importantes de cada generación".

Esta última afirmación del gran pensador británico, nos parece un poco teñida de unilateralidad, de excesivo pragmatismo. Actividad no es sinónimo de eficiencia ni de acción durable. El mismo lo reconoce un poco antes cuando compara el volumen y el valor de las hazañas. Lo valioso del acervo humano no son las adquisiciones externas — técnica, instituciones — sino lo que la historia incorpora al espíritu humano. Lo hemos expresado ya con palabras de otros pensadores.

La técnica organizada, puede imponerse transitoriamente sobre esa herencia de cultura y de belleza — dolorosos hechos actuales nos lo muestran —, pero ello no indica su triunfo, si contraría la tendencia general de esa tradición.

Es aquí donde se destaca y adquiere mayor valor la individualidad oponiéndose o sobreponiéndose a los acontecimientos actuales que gobiernan y rigen a la masa.

El mismo Russell en “El poder en los hombres y los pueblos” (Trad. Chávarri; Losada; Bs. Aires, 1939; p. 13), dice: “Los hombres que originan los cambios sociales son por lo general hombres que desean fuertemente hacerlos”.

Por nuestra parte, creemos firmemente que Buda, Sócrates, Jesús, Confucio, encarnando esa herencia de cultura y de belleza, superando la realidad ambiente, rodeados de la indiferencia y de la hostilidad de las masas, significaron para la humanidad algo mucho más valioso y activo, que los amos de los acontecimientos y que las multitudes amorfas y sometidas entre los que vivieron.

Fueran sus ideas originales, adaptación de otras preexistentes o producto de la captación intuitiva del sentimiento común, lo cierto es que fueron individuos — innegablemente influidos y vinculados al medio — y no colectividades quienes iniciaron su realización. Sin esos hombres, sin esos espíritus dotados de individualidad suficiente para mantenerlos indemnes contra la corriente, la humanidad estaría todavía muy atrás en el camino recorrido.

“La Humanidad nunca ha ganado nada con los esfuerzos de la masa. La empujan hacia adelante la pasión de unos cuan-

tos individuos anormales, la llama de su inteligencia, su ideal de ciencia, de caridad y de belleza”, dice enfáticamente Carrel en su obra citada (p. 152).

Y dice Einstein — según Gordon Garbedian (op. cit. p. 188): “Sólo la personalidad humana crea lo noble y lo sublime, mientras que la masa, como tal, conserva embotados sus pensamientos y sentimientos”. “Aunque el pensamiento es la más alta cualidad del cerebro del hombre, los seres humanos piensan poco, desgraciadamente, y el progreso de la civilización se debe a la capacidad de razonar de ciertos individuos y no de la humanidad en general”. (p. 276).

Pero sostiene que “lo mejor del hombre sólo puede florecer cuando forma parte de la comunidad” (p. 245), pues “el individuo es lo que es, y tiene la significación que tiene, no sólo por su individualidad, sino más bien por ser un miembro de la gran sociedad humana en el cual desarrolla su existencia material y espiritual. El valor de un hombre para la comunidad depende especialmente del grado en que sus sentimientos, pensamientos y acciones están dirigidos para producir el bien de sus semejantes” (p. 181).

Son personalidades fuertemente influidas por la “tercera dimensión” de los fenómenos históricos, según Fülöp Miller en “Jefes, exaltados y rebeldes”, quien la define así: “Junto a los principios espirituales y a las necesidades físicas, aparece como *tercera dimensión* la fuerza de los ensueños, de las visiones, de las oscuras ansias del corazón, de determinante influjo sobre la historia de la humanidad”.

Sobre este aspecto, dice Vierkandt (op. cit. p. 103): “La teoría colectivista niega la importancia de los individuos dirigentes, por el simple hecho de que éstos, según su concepción, no pueden poseer “originalidad profunda” en razón de la omnipotencia del ambiente; no pueden, pues, producir nada que no surja de la naturaleza de éste... Lo que la personalidad añade a las fuerzas el ambiente es una libre elaboración de su peculiar naturaleza; tampoco la acción creadora se puede explicar como una suma de influjos del ambiente. Existe un

recíproco influjo” que él explica por la oposición entre individuos conductores e individuos conducidos, y por la relación entre “actuales” y “espectadores”. Sobre esta última relación, cita un ejemplo: “la costumbre de la “vendetta” no proviene sencillamente de la voluntad de venganza de los interesados, sino que éstos son incitados a ejecutar la venganza, aun en contra de su inclinación, por la voluntad de sus camaradas de grupo, o sea de los espectadores, que exigen el cumplimiento de las normas en uso”.

Ya en la pág. 120, había señalado que “lo individual constituye el verdadero dominio, la médula y con ello la peculiaridad característica de las ciencias históricas. Ciertamente el sello de lo individual posee una gradación de la más amplia gama, de manera que lo general no por ello queda sencillamente anulado ni oculto a la mirada. *Individualidad no significa en modo alguno arbitrariedad, sino un peculiar sello de generalidad en una forma particular*”.

Refiriéndose a San Martín, Rojas en “El Santo de la espada” (60º millar; Losada; Bs. Aires, 1940; p. 27), destaca que, de los cuatro hermanos varones, todos dedicados al ejercicio de las armas, sólo retornó a América José Francisco: “los otros hermanos, también nacidos de la misma estirpe y en el mismo lugar, esos no volvieron: tal es la excepción que torna insuficientes las teorías deterministas para explicar por sí solas al genio, en quien actúa una fuerza escondida que trasciende de invisibles esferas”.

Pero el genio, por luminoso y fuerte que sea, nada o poco significará, históricamente hablando, si la realidad ambiente no le ofrece elementos y oportunidad de actuar. Como dice Alvarez (loc. cit.) “la aptitud sin la ocasión para manifestarse, es como si no existiera”, pero “la ocasión tampoco puede despertar aptitudes que no existen”.

Tolstoy dice en “La Guerra y la Paz”: “El hombre vive conscientemente para sí mismo, pero, al mismo tiempo, sirve de instrumento inconsciente para el cumplimiento de los fines históricos y sociales. *Cuando la actividad de un hombre coincide*

con la de los otros, con los millones de acciones de otros hombres, adquiere un significado histórico".

Por último, recordemos a José Martí que, refiriéndose a Bolívar en un artículo incluido en "Nuestra América" (Losada; Bs. Aires, 1939, p. 123), dice: "No es que los hombres hacen a los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre".

Sintetizando, diremos que, a nuestro parecer, los actos individuales se tornan históricos cuando, convirtiéndose en intérpretes de la realidad ambiente, actúan sobre ella en forma original, imprimiendo su sello en los acontecimientos, sin desvirtuar ni contrariar el rumbo marcado por el curso tradicional de su cultura.

El desconocimiento de esta verdad casi perogrullesca, es lo que explica el rotundo y, por lo general, trágico y sangriento fracaso de tantas revoluciones, de tantas innovaciones institucionales; y de tantos "ismos" empeñados en encerrar la proteica realidad en el estrecho molde de concepciones apriorísticas.

VII. EPÍLOGO Y RESUMEN

"El único medio eficaz de comprender los problemas actuales es referirlos a su génesis histórica".
ALEJANDRO KORN, *Apuntes filosóficos*.

En este breve ensayo — realizado a honroso pedido de "UNIVERSIDAD" — parte de uno más extenso en preparación, sólo hemos querido referirnos, como su título lo indica, a algunos conceptos básicos de los estudios históricos, enarados más con criterio didáctico que de realización. Y nos hemos referido a ellos precisamente, porque su ausencia se hace notar en forma especial en los programas y los textos utilizados en nuestros institutos de educación.

Tal como se imparte hoy, por lo general, la enseñanza de la Historia — cuyos defectos han sido reiteradamente expuestos

— se hace muy difícil, si no imposible, obtener una visión medianamente clara de los hechos acaecidos y, por lo tanto, comprender en mínima parte el pavoroso derrumbe de acontecimientos que la actualidad nos presenta.

Y como es en los momentos tempestuosos cuando mayor rapidez de concepción y mayor claridad de raciocinio requiere el navegante, América necesita hoy, con dramática urgencia, comprender y asimilar la lección de la Historia, si quiere mantener alguna perspectiva de sobrevivir como cultura en el vertiginoso torbellino, en la enfurecida tromba que viene asolando el mundo.

“Sólo por su génesis histórica podremos comprender los trágicos problemas actuales” y sólo mediante la luz que su interpretación nos suministre, estaremos en condiciones de hallar el camino en la tenebrosa noche de los acontecimientos del presente. Es necesario restaurar en nuestra cultura el valor del conocimiento histórico, oscurecido por el predominio de las disciplinas prácticas. Pero no como el de una simple ciencia de hechos, sino de relaciones que permiten deducir leyes válidas — dentro del lógico margen de contingencia — para, si no prevenir o prever los acontecimientos, evitar que éstos se produzcan de sorpresa y nos impidan actuar sobre ellos en la medida que corresponde.

Para lograr esta finalidad y sin negar la existencia de otros fundamentos que no podemos analizar aquí, creemos necesario encarar el estudio de la Historia, partiendo de esta premisas:

a) La Historia, “memoria de la Humanidad” registra los hechos más importantes, estableciendo jerarquías según su eficacia; los analiza racionalmente en sus antecedentes, desarrollo y consecuencias, sin perder de vista el nexo de sucesión y simultaneidad, integrando y coordinando por la intuición, los datos dispersos suministrados por la experiencia.

b) Como ciencia natural, humana, las Causas primera y final escapan a su incumbencia. Prescinde, pues, de todo pre-concepto “finalista” trascendente, para referir la evolución

a causas cognoscibles, otorgando al hombre su entera responsabilidad frente al acontecer histórico.

c) La Historia no se explica por “teorías”; su desarrollo autoriza la expresión de “hipótesis de trabajo” susceptibles de revisión, ampliación y rectificación. Es sólo en este carácter que puede reclamar su categoría de ciencia.

d) Para la comprensión del fenómeno histórico, requiérese, en primer término, una exacta ponderación de la influencia recíproca entre el elemento humano y el factor ambiental.

e) El historiador no sólo tendrá en cuenta los acontecimientos (anécdota o episodio), sino también los sentimientos e ideas — individuales o colectivos — que han sido causa, factor o consecuencia. De este estudio obtendrá el “rendimiento efectivo” del hecho histórico.

f) Como es lógico, la valoración de estas circunstancias es un hecho subjetivo, lo que no empece la validez de las conclusiones, si el razonamiento es legítimo y admite comprobación o verificación.

g) Los fenómenos históricos deben estudiarse con un criterio integral evolutivo — “helicoidal” —, destacando su continuidad y legitimidad e investigando su posición e influencia en el sentido de la evolución.

h) Para ello, debe efectuarse una severa discriminación entre lo “eventual” y lo “permanente”, comprendidos en los fenómenos estudiados.

i) La historia oficial de los documentos y anales, debe ser integrada por el estudio de las condiciones sociales; junto a las personalidades y hechos sobresalientes, se analizará el substrato popular que les da base y fundamento.

j) La misma relación establecida entre los factores humanos y telúrico debe establecerse entre individuo y colectividad, sin sobre o subestimar ninguno de ambos valores en su recíproca influencia.



No se nos escapa que mucho más de lo que hemos dicho podría agregarse sobre el tema. Pero creemos honestamente que estas consideraciones, ni originales ni nuevas, tienen en el momento su razón de ser.

Nuestra juventud encuéntrase completamente desorientada frente a la realidad. No ya los valores intelectuales, sino que los mismos morales y espirituales sufren una perturbadora crisis. La actualidad parece ofrecer el más rotundo desmentido a los básicos conceptos de una convivencia medianamente civilizada.

Esta situación significa un peligro cuyas consecuencias son fácilmente y ya mismo perceptibles. Los jóvenes van perdiendo su fe en la Humanidad. Esta desconfianza, que gana terreno día por día, constituye una gravísima "capitis diminutio" que es necesario evitar a toda costa.

Modestamente, nosotros creemos que el estudio y la enseñanza de la Historia mediante los conceptos esbozados, puede contribuir a amenguar este trágico derrumbe...

J. R. FORTEZA